NUESTRA SEÑORA

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Lara, de Madrid, la noche del 25 de noviembre de 1890

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ESPERANZA	Sra. Valverde.
PURA	— Rodríguez.
DON CASTO	Sr. Rubio.
SAN PEDRO	— Tamayo.
PELAYO	— Ramírez.
UN MOZO	— Capilla.

La acción, en un pueblo de Villarreal.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

La escena representa el cuarto de una fonda de un pueblo, puesto modestamente. Puerta al foro y en el primer término derecha; otra segundo término izquierda.

ESCENA PRIMERA

DON CASTO, reclinado en una butaca, con una silla a los pies, envuelto en una manta de viaje, durmiendo. Está de espaldas a la puerta lateral derecha. Al levantarse el telón, suena un despertador que estará colocado sobre un velador próximo a DON CASTO.

DON CASTO.—*(Levantándose sobresaltado.)* ¡Las siete ya! Estoy rendido de cansancio. ¡Y qué dolores! La verdad, es que, después de un viaje, un lecho como éste no es lo más a propósito. *(Poniéndose la cazadora.)* Pero, en fin, paciencia. En la extraordinaria y rarísima situación en que me hallo, no puede apetecerse cosa mejor. ¡Mi situación! ¡Valiente situación! Me encuentro en un pueblo de Villarreal, adonde llegué anoche, en el tren de la una; estoy en la mejor fonda del pueblo y en el mejor cuarto de la fonda; y, sin embargo, tengo que pasar la noche en una incómoda butaca, meditando en el término desagradable que puede tener el extraño lance en que me colocó la suerte. En esa habitación contigua hay una señora a la que estoy unido por el más raro de los accidentes; y cuya señora...

ESCENA II

DICHO y PURA.

PURA.—*(Desde dentro.)* Caballero..., caballero...

DON CASTO.—*(Aparte.)* Ya llama. *(Alto.)* Señora...

PURA.—*(Dentro.)* ¿Puedo salir?

DON CASTO.—Salga usted sin temor.

PURA.—*(Saliendo.)* ¡Ay caballero! ¡Qué situación la mía!

DON CASTO.—Pero, señora, por Dios, ya lo sé; no nos acongojemos. Después de todo, dentro de tres horas habrá tenido el incidente un término feliz. Mi proceder ya ve usted que no puede ser más correcto.

PURA.—Sí, ya; pero ¿y si mi marido sabe que no he llegado cuando debía al punto de mi destino?

DON CASTO.—Entonces se le dice la verdad.

PURA.—¿Y si no la cree?

DON CASTO.—Entonces se le dice una mentira.

PURA.—¿Y si tampoco la cree?

DON CASTO.—Entonces, si no cree nada, le dice usted «algo».

PURA.—¿Por qué?

DON CASTO.—Porque en «algo» tendrá que creer, por fuerza.

PURA.—¡Ay Dios mío! ¿Por qué me dormiría yo en el tren?

DON CASTO.—Fué una desgracia, señora; pero ya no hay remedio. Después de todo, si se cuenta lo que ha pasado, está usted libre de toda responsabilidad. Reconstituyamos los hechos para que usted se convenza y se tranquilice de una vez. Sale usted de Madrid, dirigida a Puebla del Campo, llamada por una tía que quiere que la asista usted, su única heredera, en los últimos momentos; va usted sola, porque su marido de usted

es de caballería y no puede abandonar el servicio; se mete usted en un vagón, echa a andar el tren...

PURA.—Y me quedo dormida.

DON CASTO.—Eso; y deja usted de cambiar de tren en Robledillo, como debe hacerse para llegar a Puebla del Campo.

PURA.—Y me despierto seis estaciones más abajo, desesperada.

DON CASTO.—Y yo le pregunto a usted que qué le pasa.

PURA.—Y yo se lo cuento a usted todo.

DON CASTO.—Y aconsejo a usted que acepte mi protección en aquel trance y se venga a Villarreal, la estación más próxima de donde nos hallábamos y mi punto de parada, a esperar a que pase, a las diez de la mañana, el tren ascendente, que la volverá a Robledillo; usted acepta...

PURA.—¿Qué iba a hacer? Me pareció usted un caballero, aunque mal parecido...

DON CASTO.—¡Señora!...

PURA.—Porque de lo que pasó después tuvo usted la culpa...

DON CASTO.—Yo, no; el fondista, que, al vernos llegar, gritó: «Una habitación para un matrimonio», y por despacharnos rápidamente, para atender a sus demás cuidados, nos dijo: «Tienen ustedes suerte. La habitación que les destino es la única que queda disponible», y desapareció. Usted quiso protestar...

PURA.—Pero era ya tarde.

DON CASTO.—Las dos de la madrugada.

PURA.—No; digo que ya se había alejado el fondista.

DON CASTO.—Bueno. Le prometí a usted mi mayor respeto, y ya ha visto usted, señora, que soy un caballero, aunque mal parecido.

PURA.—Es verdad, sí, señor; pero...

DON CASTO.—¿Qué íbamos a hacer? Sin habitaciones, en la fonda, a aquella hora y en un pueblo... Nada, señora; tranquilidad. A las diez pasa el tren, lo toma usted y se va. Aquí nadie la co-

noce; yo invento una mentira, y si te he visto, no me acuerdo.

PURA.—Pero ¡verse así una mujer casada y joven!

DON CASTO.—*(Con mimo.)* ¿Y qué quiere usted que yo le haga?

PURA.—Nada, nada, caballero.

ESCENA III

DICHOS y el MOZO, llamando a la puerta.

DON CASTO.—Llaman. *(Aparte.)* ¡Ay! ¡Si fuera mi primo!

PURA.—¿Quién será?

DON CASTO.—No sé; pero, por Dios, tutéeme usted, señora, y llámeme Casto. *(Va a abrir.)*

PURA.—¡Ay! No sé si podré. Yo no llamo Casto a un hombre a quien no conozco. *(Vase por la lateral derecha.)*

DON CASTO.—*(Abriendo.)* Adelante.

MOZO.—Buenos días.

DON CASTO.—El mozo.

MOZO.—¿Habían llamado los señores?

DON CASTO.—No, hombre, no.

MOZO.—Perdone el señor; pero me había parecido oír el timbre...

DON CASTO.—¿Qué timbre?

MOZO.—El timbre de voz del señor.

DON CASTO.—Pues mal oído.

MOZO.—¿Los señores han descansado? ¿Quieren desayunarse?

DON CASTO.—No; ya avisaremos.

MOZO.—A la señora, ¿no se le ocurre nada?

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Canastos! ¡Qué pesado! *(Alto.)* Hombre, si se le ocurre algo, no se lo va a decir a usted.

MOZO.—Perdone el señor si he molestado. El afán de ser buen mozo de servir...

DON CASTO.—¡Vaya usted con Dios, buen mozo!

MOZO.—*(Aparte.)* Me parece que este matrimonio es muy agarrado. Mala propina... *(Vase por el foro.)*

ESCENA IV

DON CASTO y PURA, que sale por la primera derecha.

PURA.—*(Saliendo.)* ¿Se ha ido ya?

DON CASTO.—Sí, salga usted. Y por cierto que se iba diciendo que somos un matrimonio muy agarrado.

PURA.—¿Ve usted? ¡Ay, qué vergüenza!

DON CASTO.—Señora, es lo mejor que se puede decir de un matrimonio.

PURA.—¡Si lo supiera mi marido!...

DON CASTO.—¡Si lo supiera mi mujer!...

PURA.—Pero ¿es usted casado?

DON CASTO.—Aunque me esté mal el decirlo.

PURA.—¡Ay, si lo supiera su mujer de usted!...

DON CASTO.—Si ella lo sabe... En fin, señora, no perdamos el tiempo en quejas inútiles. Después de todo, a mi mujer no la conocen mis parientes de este pueblo, porque hace un año que me casé y no la he traído por acá. En todo caso, seguiríamos la farsa si por desgracia vinieran.

PURA.—¡Ay, por Dios, trate usted de evitarlo!

DON CASTO.—Señora, eso voy a hacer. Como dije a usted, yo he venido a este pueblo a gestionar la venta de una casa. El único que conoce mi llegada es San Pedro; pero como yo conozco a San Pedro y sé que es un danzante...

PURA.—¡Caballero, no blasfeme usted!

DON CASTO.—Señora, San Pedro es mi primo y puedo decirle lo que quiera.

PURA.—Vamos; ya comprendo...

DON CASTO.—Pues como es un danzante y se encajará aquí, voy a presentarme en su casa para impedir que vengan hasta que usted se haya ido.

PURA.—Muy bien pensado. Mientras, yo descansaré un momento. Váyase usted.

DON CASTO.—Ea, pues hasta luego.

PURA.—No tarde usted, Casto.

DON CASTO.—¡Ay, me ha llamado Casto! Por fin se ha convencido. *(Vase por el foro.)*

ESCENA V

PURA, sola.

PURA.—Gracias a Dios que me he quedado sola. Afortunadamente, he dado con un caballero en toda la extensión de la palabra. El buen señor no ha podido hacer más para atenderme, ni menos... para no molestarme. Estoy deseando que llegue la hora del tren y verme ya en Puebla del Campo. ¡Dios quiera que no venga nadie. Dejaré aquí la capota y el cabás, para tener que entretenerme luego lo menos posible. Ahora voy a asearme un poco. *(Vase por la lateral primera derecha.)*

ESCENA VI

SAN PEDRO y el MOZO, por el foro.

MOZO.—*(Desde fuera.)* Aquí es.

SAN PEDRO.—Pero ¿es posible lo que me dices? Tú debes de estar trascordado.

MOZO.—No, señorito; estoy seguro. Don Casto Verduguillo con su señora ocupan esta habitación, desde esta madrugada.

SAN PEDRO.—Pero ¡la señora aquí! ¿Será posible? ¿Y no están ahora?

MOZO.—Al señor le vi salir hace un momento, y

la señora debe de estar en el tocador. Si quiere usted que la avise...

SAN PEDRO.—No; aguardaré que concluya. Soy pariente suyo y quiero sorprenderla. Vete.

MOZO.—Como guste el señor. *(Vase por el foro.)*

ESCENA VII

SAN PEDRO, solo.

SAN PEDRO.—Pues, señor, es raro esto. «Raro anteceden tem scelestum», como dice Horacio el flaco. Me escribe Casto una carta anunciándome su venida, sin decirme una palabra de que pensaba traer a su esposa. ¡Ha querido sorprendernos el bribón! «Ignoramus causam»; pero me alegro. ¡Pocas ganas que tenía yo de conocer a mi prima y de... abrazar a mi prima! Creo que es una mujer hasta allí... Y ella estará rabiando por conocerme, de seguro. Pero, caramba, si yo sé esto, me pongo otra corbata más grande y otra levita más larga..., y otra chistera más alta..., no vaya a creer que soy un escribano «vulgarem et irsutus». ¡Caramba, caramba con la sorpresa! Me acicalaré. De fijo que le gusto. *(Se acerca al espejo.)*

ESCENA VIII

DICHO y PURA, que sale por la primera derecha.

PURA.—*(Saliendo.)* Me pareció haber oído hablar. ¡Ah! *(Aparte, viendo a San Pedro.)* ¡Dios mío! ¿Quién será este tipo tan raro? *(Alto.)* ¡Caballero!...

SAN PEDRO.—*(Volviéndose apresuradamente.)*

¡Oh prima, prima de mi alma! ¡Ven a mis brazos! *(Va a abrazarla.)*

PURA.—*(Huyendo.)* ¡Ay, por Dios, caballero!...

SAN PEDRO.—*(Aparte.)* ¡Me llama caballero! Esta no me ha conocido. *(Alto.)* Soy tu primo, abrázazame... ¿Qué reparas? *(Va a abrazarla.)*

PURA.—Usted dispense, sino que no sabía que fuera usted primo. *(Aparte.)* ¿Qué primo será éste?

SAN PEDRO.—Soy San Pedro, mujer, San Pedro.

PURA.—¡Ah! ¿Conque San Pedro? ¡Dios mío! *(Aparte.)* Finjamos. *(Alto.)* ¡Cuánto me alegro!

SAN PEDRO.—*(La abraza.)* ¡Oh prima! ¡Oh prima!

PURA.—¡Por Dios, no o... prima usted tanto!

SAN PEDRO.—Tú no puedes figurarte los deseos que teníamos de conocerte y de abrazarte. *(Abrazándola.)*

PURA.—Y yo... *(Aparte.)* No.

SAN PEDRO.—Y dime: ¿cómo es que no me has conocido?

PURA.—Pues... porque yo había oído a no sé quién... que San Pedro... era calvo, y como usted no lo es...

SAN PEDRO.—Alguna broma de tu marido. Bueno, prima, bueno; ya te tenemos a nuestro lado, que es lo importante ¡Huy! En cuanto mi mujer se entere, en cuanto Esperanza lo sepa, va a revolver el pueblo. Ahora mismo ya la tienes aquí.

PURA.—*(Aparte.)* ¡Horror!

SAN PEDRO.—Y en seguidita trae a la alcaldesa, a la médica, a la boticaria, a la jueza, a la veterinaria...

PURA.—*(Aparte.)* ¡Dios mío de mi alma! ¡Qué apuro! *(Alto.)* Pues yo se lo agradezco mucho; pero dígale usted...

SAN PEDRO.—Oye, prima, haz el favor de tutearme, ¿eh? Franqueza, franqueza.

PURA.—¡Ah! Sí. *(Aparte.)* ¡Qué martirio tener que tutear a todo el que llegue! *(Alto.)* Pues dile que no... traiga a nadie, porque como voy a estar poco tiempo en el pueblo...

SAN PEDRO.—¿Qué has dicho? ¡Poco tiempo!... Ca, mujer. Tú te vas a pasar aquí tres meses.

PURA.—*(Aparte.)* ¡Dios mío! *(Alto.)* Pero si es que tengo enfermo a un tío.

SAN PEDRO.—Nada, nada de excusas. No seas tonta. Sé que no tienes a nadie en el mundo; conque...

PURA.—*(Aparte.)* ¡Jesús!... ¡No quedarme ni un pariente!

SAN PEDRO.—No, no te escapas. Sitiaremos la fonda si es preciso. Tú no sabías quién era San Pedro, ¿verdad?

PURA.—Ni falta que me hacía. *(Aparte.)* ¡Adoquín!

SAN PEDRO.—Ahora lo que vas a hacer es recoger los bartulitos y a casa. Voy a prepararos una habitacioncita para los dos, deliciosa. Vais a estar como en un nidito.

PURA.—*(Aparte.)* ¡Ay..., si mi marido oyera lo del nidito!

SAN PEDRO.—En cuanto tu marido lo sepa, se va a poner...

PURA.—¡Ay, calle usted, por Dios!

SAN PEDRO.—Yo sé lo que le gustan estas cosas. Oye, prima, y hablando de otros asuntos: ¿qué tal la familia de tu marido?

PURA.—Todos... lo mismo.

SAN PEDRO.—¿Y de lo de Aurorita, mujer?... ¿Qué me dices de lo de Aurorita?... ¡Dejar el mundo!... ¡Qué lástima!

PURA.—¡Ay!... Sí; fué una pérdida que sentí mucho.

SAN PEDRO.—Pues a mí me hizo una gracia atroz. Todavía me río.

PURA.—*(Aparte.)* ¡Qué animal!

SAN PEDRO.—¡Mira que dejar el mundo!... ¿Y en qué estación fué?

PURA.—*(Aparte.)* ¡Dios santo!... ¡Y yo que creí que se trataba de un muerto! *(Alto.)* Pues no recuerdo.

ESCENA IX

DICHOS y DON CASTO, por el foro.

DON CASTO.—*(Desde la puerta.)* ¡Cielos!... ¡San Pedro aquí! *(Aparte.)* ¿Qué habrá pasado?... Valor... *(Alto.)* ¡Primo de mi alma!...

SAN PEDRO.—*(Abrazándole.)* ¡Casto queridísimo!

PURA.—*(Aparte.)* ¡Gracias a Dios!

SAN PEDRO.—¡Bribón, bribón!... ¡Traer a tu mujer sin decirnos nada!... ¡Una sorpresa!

DON CASTO.—Sí; ya te habrá contado ella... *(Abrazado, le vuelve. A Pura.)* Mucho ojo, mucho ojo.

SAN PEDRO.—¿Qué?

DON CASTO.—¡Que cuánto me alegro! ¡Caramba, caramba!

SAN PEDRO.—Bueno, bueno. ¿Sabes que tienes una mujer que le habla a Dios de tú?

PURA.—*(Aparte.)* ¿Tengo que tutear a otro?

DON CASTO.—Ya, ya... Pura... *(Muy acentuado.)*, aquí tienes a nuestro primo, un escribano muy acreditado...

PURA.—Ya, ya...

SAN PEDRO.—Tú me favoreces.

DON CASTO.—*(Aparte, a Pura.)* Llámeme usted Castito.

PURA.—*(Lo mismo, a Don Casto.)* Eso, no; nada de diminutivos.

SAN PEDRO.—*(Que al ver que Casto se acerca a Pura, cree que va a abrazarla.)* ¡Anda, granuja! Ya sé lo que ibas a hacer. Dale un abrazo. «Mores habitudinem».

PURA.—¡No, no..., de ninguna manera!

DON CASTO.—No; no creas...

SAN PEDRO.—Si a mí no me da vergüenza.

DON CASTO.—Ni a mí tampoco.

PURA.—Claro.

SAN PEDRO.—Ea, no seáis tontos. Parecéis dos

chiquillos. *(Los empuja el uno al otro.)* «Parvulus inocenciam».

DON CASTO.—*(Aparte, a Pura, abrazándola.)* ¡Señora..., «resignacionem»!

PURA.—*(Lo mismo, a Don Casto.)* ¡No apriete, usted, por Dios!

DON CASTO.—*(Igual.)* No hay más remedio. ¿No ve usted que representamos un «matrimonium tiernum»? *(Quedan los dos, después de abrazarse, muy compungidos.)*

SAN PEDRO.—Ajajá. ¿Veis qué satisfechos habéis quedado? «Amor familiæ».

DON CASTO.—«Clarum».

PURA.—Sí, sí, señor. *(Aparte.)* ¡Cuándo se irá!

DON CASTO.—Conque... de nuestro asunto...

SAN PEDRO.—Luego hablaremos. Hoy coméis en casa.

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Caracoles! *(Alto.)* Oye: no..., no puede ser..., porque ésta...

PURA.—Tengo que irme hoy mismo.

SAN PEDRO.—Eso dice; pero... ¡quiá!

DON CASTO.—Sí, hombre, sí; se va, se va.

SAN PEDRO.—Nada, nada; ya hemos hablado de eso. Os secuestro el equipaje por de pronto. *(Coge la maleta.)*

PURA.—¡No, por Dios..., caballero, la maleta!...

SAN PEDRO.—Voy a mandar que os preparen una habitación deliciosa. Hasta luego.

DON CASTO.—Pero la maleta... Oye, la maleta... *(Tratando de quitársela.)*

SAN PEDRO.—Me la llevo. ¡Un nido delicioso!

DON CASTO.—Nos hemos caído de un nido.

SAN PEDRO.—¡Adiós, tórtolos!... *(Vase por el foro después de haber dado una vuelta a la escena huyendo de los que le quieren quitar la maleta.)*

PURA.—¡Y se la lleva!

DON CASTO.—¡Adiós, corneja!

ESCENA X

DICHOS, menos SAN PEDRO.

PURA.—¡Pero, por Dios, caballero, que se la lleva! ¡No esté usted con esa calma!

DON CASTO.—Pero, señora, ¿qué quiere usted que yo le haga?

PURA.—Corra usted y pídasela.

DON CASTO.—Pero si no me la dará.

PURA.—¡Ay..., pues quítesela..., péguele usted!... Cualquier cosa.

DON CASTO.—¡Por Dios, hija! ¿Cómo quiere usted que yo le pegue a San Pedro..., a un pariente?

PURA.—Si es que llevo en ella papeles y cartas de importancia.

DON CASTO.—Señora..., papeles son papeles...; cartas son cartas.

PURA.—Esto ha sido un robo. Ese señor es un...

DON CASTO.—¿Un qué?

PURA.—Un... pariente de usted. ¡Ay, qué familia!... ¡Qué conflicto, don Casto, qué conflicto!

DON CASTO.—Ya lo veo, señora.

PURA.—Esta farsa toma proporciones alarmantes...

DON CASTO.—Las toma.

PURA.—¿Y qué piensa usted?

DON CASTO.—Que las toma. *(Paseando agitado.)*

PURA.—Bien; pero ¿qué me aconseja usted? ¿Qué hacemos?

DON CASTO.—Que las toma, señora, que las toma.

PURA.—Si no digo eso...

DON CASTO.—Bueno; pues lo primero que tenemos que hacer es pedirle a San Pedro...

PURA.—La maleta.

DON CASTO.—No, señora; déjeme usted acabar. Es pedirle al verdadero San Pedro que nos libre del imbécil de San Pedro.

PURA.—Eso; sí, señor. Y ahora es preciso que

tomemos una determinación; pero pronto; si no, ya no nos queda ninguna esperanza.

DON CASTO.—Pues mire usted: precisamente lo que yo siento es la Esperanza que nos queda.

PURA.—¿Cuál?

DON CASTO.—Su mujer.

PURA.—¿Y a eso le llama usted esperanza?

DON CASTO.—Yo, no; todo el mundo. Es su nombre de pila.

PURA.—La amenaza ha sido terrible. ¡Sitiar la fonda! Lo único que nos faltaba: un sitio.

DON CASTO.—Sí, señora; un sitio para huir.

PURA.—¡Traer a la médica, a la jueza, a la boticaria... y a qué sé yo cuántas más!... Y luego me detendrán, me detendrán tres meses.

DON CASTO.—¿Tres meses? Eso, nunca; antes dejo de ser Casto.

PURA.—Eso, no, caballero; eso, no. Idee usted antes un medio para salvarme. Piense usted, piense usted...

DON CASTO.—Pienso, señora, pienso...

PURA.—¿Y qué piensa usted?

DON CASTO.—Pues... pienso... que es una lástima que no se me ocurra nada.

PURA.—¡Jesús! ¡Qué pocos alcances!

DON CASTO.—¿Y qué quiere usted que yo le haga, si soy corto?

PURA.—Pero el talento de usted, ¿no da más de sí?

DON CASTO.—No da, señora, no da. Sin embargo, tengamos decisión. He encontrado un medio. Una ideíta.

PURA.—¿Cuál?

DON CASTO.—Póngase usted, ante todo, el guardapolvo, por si acaso hay que salir precipitadamente.

PURA.—Bueno; me lo pondré, ¿y qué más?

DON CASTO.—Y la capota.

PURA.—Y la capota. Ya está.

DON CASTO.—El velo por la cara.

PURA.—Bueno.

DON CASTO.—Así. Estas arruguitas...

PURA.—¿Y ahora?

DON CASTO.—Pues ahora..., ahora... tampoco se me ocurre nada, se me acabó la ideíta.

PURA.—Hombre. ¡Por Dios!...

DON CASTO.—En fin, seamos enérgicos. Baje usted al comedor.

PURA.—¿Y qué?

DON CASTO.—Y tome usted algo.

PURA.—¿Y qué?

DON CASTO.—Y que... le haga provecho.

PURA.—Pero ¿qué más?

DON CASTO.—Pues espera usted la hora que falta para salir el tren; y en cuanto venga mi primo, o mi prima, le digo la verdad, no hay más remedio; añado que tiene usted un reparo muy lógico de que la vean; le ruego que envíen con un mozo la maleta a la estación; bajo yo, la acompaño a usted, le tomo el billete, y a Puebla del Campo.

PURA.—Bien, muy bien pensado, caballero; gracias, muchas gracias.

DON CASTO.—Ea; ahora, al comedor. Baje usted por esta escalera.

PURA.—¡Y todavía falta una hora! ¡Qué largo me va a parecer el tiempo!

DON CASTO.—Hija, Dios le dé a usted una hora cortita.

PURA.—Hasta luego. *(Vase por la lateral segunda izquierda.)*

DON CASTO.—Hasta luego.

ESCENA XI

DON CASTO, solo.

DON CASTO.—¡Gracias a Dios que hemos resuelto algo! Por fin, me deshice de mi esposa. ¡Cuántos, a saberlo, me mirarían con envidia! ¡Pobre seño-

ra! ¡Qué apurada está! Pero, gracias a Dios, dentro de un momento habremos desenredado la madeja. Ya era hora.

ESCENA XII

DICHO; MOZO, desde dentro y pasando con dos maletas en la mano desde el foro derecha a izquierda; luego, PELAYO; después, DON CASTO, que sale por el foro izquierda.

MOZO.—Por aquí, señorito; sígame usted.

DON CASTO.—El mozo viene a acomodar a algún viajero. Le advertiré que no diga a mis primos que mi señora está en el comedor. ¡Mozo..., Mozo!... *(Vase por el foro izquierda llamando al Mozo.)*

PELAYO.—*(Entrando.)* ¿Dónde se habrá metido el mozo con mi equipaje? Debe de haber sido en el cuarto de al lado.

DON CASTO.—*(Dentro.)* Conque ya lo sabes: no digas que mi señora está en el comedor. *(Sale por el foro izquierda y se encuentra en la puerta con Pelayo.)*

PELAYO.—*(Al salir por el foro y oír hablar a Casto se detiene.)* ¿Qué veo? ¡Casto Verduguillo!

DON CASTO.—¡Dios mío! ¡Pelayo! Pero ¿eres tú? ¡Chico! ¿Tú aquí? *(Abrazándose.)*

PELAYO.—¡Mi querido amigo! ¡Qué encuentro tan inesperado!

DON CASTO.—Venga un abrazo, bribón.

PELAYO.—Aprieta, hombre, aprieta. Dos años sin vernos.

DON CASTO.—¡Jesús! ¡Qué variado estás!

PELAYO.—Y tú. ¡Cuánta cana, chico! Han vuelto a ti todas las que echaste al aire. ¡Vaya con Casto!

DON CASTO.—Y dime, dime: ¿has ascendido?

PELAYO.—¡Quia! Todavía soy un simple capitán de caballería.

DON CASTO.—¿De reemplazo?

PELAYO.—No; estoy en activo desde que me casé, hace cuatro meses.

DON CASTO.—Eso me dijeron; que te habías casado en Zaragoza. ¡Casado tú, el solterón más empedernido!

PELAYO.—Con una aragonesa divina.

DON CASTO.—Siempre has sido muy partidario de la jota.

PELAYO.—Y a ti, ¿cómo te va en tu matrimonio?

DON CASTO.—Muy bien chico, muy bien. Pero dejemos esto, que ya tendremos tiempo de hablarlo más sosegadamente, y dime: ¿cómo es que te encuentro en este pueblo?

PELAYO.—Pues oye... *(Mirando a todos lados.)* Me alegro infinito haber tropezado contigo, porque me ha traído aquí una secreta aventura, que te contaré.

DON CASTO.—¡Caracolitos! Pues a mí...

PELAYO.—¿Qué?

DON CASTO.—Me encuentras en la situación más original que puedas imaginarte, y me has venido como pedrada en ojo de boticario.

PELAYO.—Yo viajo de incógnito. Supongo que a ti no te pasará lo mismo, pues por lo que he oído que decías al mozo, tienes a tu señora en el comedor.

DON CASTO.—Sí, chico, en el comedor; pero cuando sepas en qué lance me hallo...

PELAYO.—Conque tenemos lance, ¿eh? ¡Bribón! ¡Y con tu señora aquí! Debe de ser atroz; pero no puede ser más infortunado que el mío. Oye y verás.

DON CASTO.—Permíteme que te cuente yo primero...

PELAYO.—No; haz el favor de oírme antes.

DON CASTO.—Oyeme tú, que no sé si me dejarán acabar. Vas a quedarte asombrado.

PELAYO.—¿Asombrado? Pues oye y juzga.

DON CASTO.—Ea; tendré paciencia. Cuenta de prisa *(Se sientan.)*

PELAYO.—Verás. Hace cuatro años residí una lar-

ga temporada en este pueblo, como sabes. Tuve unos amores desgraciados con una mujer... ligera; y como consecuencia de ellos, un compromiso...

DON CASTO.—Mayúsculo...

PELAYO.—No; minúsculo: era niño. La mujer de mi historia, cuya conducta, según pública voz, no era muy correcta, me abandonó a poco por un antiguo amante, e hizo que yo me alejara de ella sin grave daño para la moral. Olvidé eso, y me casé; pero el otro día me encuentro con una carta amenazadora de esa desgraciada.

DON CASTO.—¡Chico! ¡Qué lío!

PELAYO.—Asómbrate: prometiendo enterar a mi mujer si no aseguro la manutención del... minúsculo. No sabía que hacer, cuando una circunstancia favorable me decidió a venir personalmente a arreglar el asunto y evitar cartas que pudieran comprometerme.

DON CASTO.—¡Chico! ¡Qué lío! ¡Qué lío!

PELAYO.—Bueno; pues la circunstancia favorable fué que mi mujer tuvo que salir precipitadamente de Madrid, ayer por la tarde, a Puebla del Campo.

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Ay! ¡Una tía! *(Alto.)* ¿Adónde? ¿Adónde? *(Asombrado y casi cayendo de la silla.)*

PELAYO.—A Puebla del Campo, llamada por una tía.

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Ay! ¡Una tía! *(Alto.)* ¡Ay! ¿Por quién? ¿Por quién?

PELAYO.—Por una tía gravemente enferma.

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Dios mío! ¡Es ella! ¡Es ella! *(Alto.)* ¿Conque... por una tía? *(Aparte.)* ¡Ay! Yo me pongo malo. *(Se levanta.)*

PELAYO.—Pero ¿qué te pasa?

DON CASTO.—¡Chico, qué lío! ¡Chico, qué lío!

PELAYO.—¿No te lo decía yo?

DON CASTO.—*(Aparte.)* Si llego a hablar antes que él, me divierto. ¡Y yo que le dije que me había venido como pedrada!... ¡Vaya una pedrada!

PELAYO.—Pero ¿qué te pasa? Has mudado de color.

DON CASTO.—No..., que me ha afectado la enfermedad de la tía..., porque yo... también tuve una tía que murió de eso. *(Tartamudeando.)*

PELAYO.—Pero si no te he dicho qué enfermedad padece.

DON CASTO.—Hombre, me has dicho que era una enfermedad... grave..., y de eso se mueren casi todas las tías.

PELAYO.—Pues bien: aprovecho la ausencia de mi mujer, que estará muy lejos a estas horas...

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Ay! ¡Ojalá, ojalá!

PELAYO.—Aquí me vine. Conque dime si el compromiso no es terrible.

DON CASTO.—¿Que si es terrible? Atroz, hombre, atroz. Es compromiso horroroso.

PELAYO.—Y di: tú, en mi lugar..., ¿qué harías?

DON CASTO.—Pues ese es el caso. *(Aparte.)* Que no se lo que hacer.

PELAYO.—Ya ves, querido Casto, lo que me sucede. Ahora, cuéntame tu aventura.

DON CASTO.—¿Mi aventura? ¿Que te cuente mi aventura? *(Aparte.)* En seguidita. *(Alto.)* Pues mi aventura... Mi aventura... e... e...

PELAYO.—Pero ¿qué te pasa? ¡Pareces intranquilo!

DON CASTO.—Pues, chico, la verdad, lo estoy y no te cuento mi aventura, porque no quiero aventurarme, y no me dejarán acabar Es tan grave... que...

PELAYO.—¿Estás, acaso, en peligro?

DON CASTO.—Ya lo creo, chico; en mucho peligro... En un peligro atroz.

PELAYO.—Pues no me separaré de tu lado hasta verte fuera de él.

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Canastos! *(Alto.)* No, chico, no; si no hay peligro, ¡quia! ¿Qué peligro ha de haber? Puedes irte tranquilo; anda, vete...

PELAYO.—Es que para las ocasiones son los amigos.

DON CASTO.—Bueno; pues por eso... Además, no

podría yo ver con tranquilidad que por causa mía... *(Aparte.)* cogieras un palo y me abrieras la cabeza.

PELAYO.—Pero ¡qué delicadezas! Ponte en mi caso y harías lo mismo conmigo.

DON CASTO.—Bueno; pero... *(Aparte.)* Yo no soy tan bruto.

PELAYO.—En fin *(Aparte.)*: quiero, sea cual fuere el riesgo, correrlo contigo.

DON CASTO.—No, gracias, gracias; si correré yo solo.

PELAYO.—Ya sabes quién soy yo, y los puños que tengo.

DON CASTO.—Pues por eso. Además, aquí el peligro es que mi señora...

PELAYO.—Muy señora mía.

DON CASTO.—*(Aparte.)* Y tan suya. *(Alto.)* Es muy celosa, y el asunto...

PELAYO.—Ya comprendo: es para hablarlo despacio y sin temor de que nos interrumpan.

DON CASTO.—Justo; eso, eso.

PELAYO.—Bueno; pues te dejo.

DON CASTO.—*(Aparte.)* Gracias a Dios. *(Alto.)* Pero ¿te vas ya?... ¿Tan pronto?...

PELAYO.—Sí; me voy, pero vuelvo en seguida. Quiero que me presentes a tu mujer, en cuanto me arregle un poco.

DON CASTO.—¿A... a... mi mujer?... *(Aparte.)* Cualquiera se la presenta.

PELAYO.—¿Tienes algún inconveniente? ¿Eres celoso, acaso?

DON CASTO.—No, ¡ca, hombre! ¿Yo celos? Al contrario. *(Aparte.)* Y tan al contrario. *(Alto.)* Tendremos mucho gusto...

PELAYO.—Pues ahora vuelvo. Almorzaremos los tres juntos. Tengo un hambre canina.

DON CASTO.—*(Aparte.)* Este me come, me come. *(Alto.)* Pues bueno, bueno; te esperaremos.

PELAYO.—Hasta ahora. *(Vase por el foro izquierda.)*

DON CASTO.—Hasta... el valle de Josafat.

ESCENA XIII

DON CASTO, solo.

DON CASTO.—Dios mío, ¡qué compromiso tan terrible! ¡Virgen Santísima! ¡Esto es atroz! Si le digo la verdad a este hombre, ya no seré para él el Casto de siempre, su antiguo amigo, sino un adversario irreconciliable..., y es muy posible que lleguemos a las manos. Pero ca; yo, antes que llegar a las manos, llego a los pies; tomo carrera y no paro hasta Madrid. Pero ¿cómo dejo abandonada cobardemente a esa señora? Además, ¿cómo me voy? Imposible. ¿Y cómo me quedo? Imposible. *(Pausa.)* Yo no sé qué pensar. ¿Qué le digo yo a Pelayo? Si no creerá la verdad. ¡Qué angustias! ¡Ay! A mí me va a dar algo... Ya lo creo que me va a dar algo: una paliza terrible el bárbaro ese. Y va a volver en seguida. Hay que decidir a escape. Esto no se puede resistir.

ESCENA XIV

DON CASTO y el MOZO, por el foro derecha.

MOZO.—*(Desde la puerta.)* Señor, ¿se puede?

DON CASTO.—No se puede... No se puede..., digo... ¿Qué hay? ¿Qué sucede?

MOZO.—Una señora desea ver a ustedes.

DON CASTO.—¿Una señora? Y ¿quién es?

MOZO.—Me ha dicho que anuncie a doña Esperanza.

DON CASTO.—¡Esperanza! ¡Mi prima! ¡Esto me faltaba! Otro conflicto. Dile que no...; pero... *(Pausa.)* dile que sí, que sí; que pase inmediatamente. *(Vase el Mozo por el foro derecha.)* ¡Mi prima! Si ella se atreviera...

ESCENA XV

DON CASTO y ESPERANZA, que sale por el foro.

DON CASTO.—*(Abrazándola.)* ¡Mi querida Esperanza!...

ESPERANZA.—¡Mi buen primo! ¿Cómo estás, cómo estás?

DON CASTO.—Perfectamente, hija. Siéntate, siéntate.

ESPERANZA.—Conque ¿qué ha sido esto? Una sorpresa, ¿eh? ¡Traer a tu mujer, sin decir siquiera: «¡Allá va eso!»

DON CASTO.—Sí; una sorpresa. Yo me dije: «En cuanto yo vaya y diga: aquí está mi mujer..., se va a armar una zambra superior.» Y... ¡ya verás tú la que se arma!

ESPERANZA.—Efectivamente, nos habéis dado un alegrón. Mi marido está loco.

DON CASTO.—Ya lo sé.

ESPERANZA.—Pues, hijo, yo hubiera venido antes a saludaros, tal y como salía de misa... Ya sabes que para ir a la iglesia siempre va una bien.

DON CASTO.—Claro; con Dios... se tiene mucha confianza.

ESPERANZA.—Pero como mi marido me ha dicho que tu mujer es tan elegante y tan guapa, que se viste con tanto gusto...

DON CASTO.—Mujer, yo no sé cómo se viste; pero exageraciones...

ESPERANZA.—Vamos..., no seas modesto. Mi marido asegura que es hermosísima y distinguida. Te advierto que es un embustero; pero yo dije, digo: «Voy a arreglarme un poco; no crea esa señora que a los pueblos no llega la moda...»

DON CASTO.—¡No, hija ca! *(Aparte.)* No sé por dónde empezar.

ESPERANZA.—Oye, oye: tú estás mucho más gordo. ¡Qué carrillos..., Jesús! ¡Si parece que los tienes hinchados!

DON CASTO.—Todavía no, todavía no. *(Aparte.)* Pero puede que los tenga.

ESPERANZA.—¿Y dónde está esa buena señora? Quiero abrazarla...

DON CASTO.—No, no; espera. *(Se levantan.)* *(Aparte.)* ¡Ea, resolución.

ESPERANZA.—Quiero abrazarla y besarla...

DON CASTO.—No, no la beses.

ESPERANZA.—Pues qué, ¿se pinta?

DON CASTO.—No, mujer; no es eso.

ESPERANZA.—Si me han dicho que tiene un cutis muy fino...

DON CASTO.—¡Finísimo, finísimo!... *(Aparte.)* Me decido. ¡No hay tiempo que perder!

ESPERANZA.—¿Y seréis muy felices? *(Aparte.)* Porque estos hombres son felices con un cutis cualquiera.

DON CASTO.—No, Esperanza, no; no hablemos de felicidad en este momento.

ESPERANZA.—¡Carambola!... Pero ¿estás loco? ¿Qué dices? ¿Acaso tu esposa...?

DON CASTO.—No hablemos tampoco de mi esposa..., de esa pobre señora...

ESPERANZA.—¡Por Dios, Casto, no seas así!... Habla sin reparo.

DON CASTO.—¡Me amaga un conflicto gravísimo!... ¡Esperanza, tú eres mi única esperanza!

ESPERANZA.—Pero ¿qué te sucede?

DON CASTO.—Nada; que mi mujer...

ESPERANZA.—¿Te engaña? *(Aparte.)* Me lo figuraba.

DON CASTO.—No tanto.

ESPERANZA.—Entonces..., ¿ha huído?

DON CASTO.—¡Ojalá!

ESPERANZA.—¿Cómo ojalá?

DON CASTO.—¡Esperanza, mi mujer...!

ESPERANZA.—¿Qué?

DON CASTO.—¡No es mi mujer!

ESPERANZA.—¡Dios me valga!... ¡Jesús, María y José!... ¡Qué atrocidad!... ¡Fíese usted de las que tienen el cutis fino! De modo que... ¿un lío? ¡Ah calavera!

DON CASTO.—¡No, Esperanza, te lo juro! Esa señora es un modelo de honradez. Ha sido una desgracia, una casualidad fatal. Yo no la conocía; anoche la vi en el tren; no pudo hacer un transbordo; se durmió...

ESPERANZA.—Y la despertaste tú.

DON CASTO.—Se despertó ella. Yo vi una señora sola; eran las dos de la madrugada; me pidió protección...

ESPERANZA.—¡Mala hora para proteger mujeres!

DON CASTO.—La conduje aquí; el fondista nos tomó por un matrimonio... Todos lo han creído, incluso tu esposo.

ESPERANZA.—Claro; el pobre...

DON CASTO.—Esperábamos las diez, hora en que pasa el tren, para que esa señora pudiera tomarlo y dirigirse a donde iba, escapar... ¡Pero en este momento, y esto es lo terrible, acaba de llegar su marido, su propio marido, el auténtico...

ESPERANZA.—¡Qué atrocidad!

DON CASTO.—Y resulta que es un amigo mío; y me ha oído hablar de mi mujer con el camarero, y quiere que se la presente, y va a venir. Sálvame, Esperanza, sálvame.

ESPERANZA.—¡Jesús! ¡Qué chaparrón de cosas! Pero ¿cómo quieres que te salve, infeliz?

DON CASTO.—Pasando por mi mujer.

ESPERANZA.—¡Ave María Purísima! Por eso sí que no paso.

DON CASTO.—Pasa, Esperanza, pasa.

ESPERANZA.—Pero ¿tú te has propuesto ser el marido de todo el mundo?

DON CASTO.—Esperanza... *(Suplicando.)*

ESPERANZA.—Pero, hombre, ¿y si mi marido se entera?

DON CASTO.—Marido por marido, prefiero el tuyo.

ESPERANZA.—*(Aparte.)* Este le conoce.

DON CASTO.—Además, no hay peligro. Por de pronto, paramos el golpe; luego, ya inventaremos algo para alejarle, y en el correo de esta misma noche se marcha.

ESPERANZA.—Bueno; pero...

DON CASTO.—Por Dios, quítate la mantilla.

ESPERANZA.—Oye: esto es una atrocidad. Tener que hacer yo de «bígama»... ¿Y esa señora?

DON CASTO.—Está en el comedor, aguardando la hora de irse, muerta de espanto. *(Voces dentro de Pelayo.)*

ESPERANZA.—¡Muerta de espanto! ¡Señor, y qué mujeres! Después dicen que todas somos iguales. Yo estaría... tan tranquila.

DON CASTO.—Que viene, que viene el marido.

ESPERANZA.—Pero oye..., que yo no...

DON CASTO.—Silencio, y finge. *(Quítase la mantilla.)*

ESCENA XVI

DICHOS y PELAYO.

PELAYO.—*(Saliendo por el foro izquierda.)* ¡Ea! Ya me tienes aquí dispuesto a almorzarme un par de pollos lo menos.

ESPERANZA.—*(Aparte.)* ¡Qué glotón debe de ser este hombre!

DON CASTO.—Pasa, pasa, Pelayito; pasa adelante.

PELAYO.—*(Al ver a Esperanza.)* ¡Ah! Señora...

DON CASTO.—Te presento a mi mujer.

PELAYO.—Por muchos años.

ESPERANZA.—*(Aparte.)* ¡Ay! Dios me libre. *(Alto.)* Servidora.

DON CASTO.—Mi amigo Pelayo Pinzón. *(Se inclina.)*

ESPERANZA.—¡Ah! ¿Conque este señor es el Pinzón a que te referías?

DON CASTO.—El mismo.

PELAYO.—Servidor de usted.

ESPERANZA.—Siéntese usted, don Pinzón. Tanto gusto en conocerle. *(Se sienta entre Esperanza y Casto.)*

DON CASTO.—Un bravo oficial de caballería, al que conocí hace mucho tiempo.

ESPERANZA.—¡Bravo, bravo! ¿Conque caballería... y tan amigo de éste? Me alegro tanto.

PELAYO.—Sí, señora; pero muy poco adelantado en mi carrera, muy poco.

DON CASTO.—Hombre, no seas impaciente; ya llegarás.

ESPERANZA.—Pues claro, ya llegará usted; no tenga prisa. En caballería se puede llegar a cualquier parte y sin cansarse. Lo malo es ir a pie.

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Qué barbaridad!

PELAYO.—Señora, es que llevo catorce años sirviendo.

ESPERANZA.—¿Sirviendo de qué?

DON CASTO.—En el cuerpo, mujer.

PELAYO.—Catorce años, y no soy más que capitán.

ESPERANZA.—¡Capitán! *(Aparte.)* ¡Uy!, ¡qué poco! *(Alto.)* ¡Caballería menor!

PELAYO.—Y ustedes, a pasar una temporadita en este pueblo, ¿eh?

DON CASTO.—Sí, chico; yo tenía que hacer unos negocios aquí y hemos aprovechado la coyuntura...

PELAYO.—Para darse buena vida.

ESPERANZA.—Claro. Hemos venido huyendo del bullicio...

DON CASTO.—Sí, chico; hemos venido huyendo, huyendo... *(Aparte.)* Y nos iremos lo mismo.

PELAYO.—¡Ah! La vida aquella es agitadísima. Usted estará ya harta de Madrid, ¿verdad?

ESPERANZA.—Hartísima. *(Aparte.)* En mi vida lo he visto.

DON CASTO.—Esta se harta de todo en seguida.

ESPERANZA.—Hombre; no digas eso. *(Aparte.)* Este parece un marido de veras.

PELAYO.—¡Ah! Ya le habrá dicho a usted Casto que almorzaremos juntos.

ESPERANZA.—Sí, sí. *(Aparte.)* Me parece que no almuerzas.

DON CASTO.—Y tú, ¿insistes en marcharte en seguida? *(Aparte.)* Preparemos el terreno.

ESPERANZA.—¡Cómo! ¿Tan pronto?

PELAYO.—Sí, señora; y lo siento, porque todo lo de este pueblo me gusta en extremo.

ESPERANZA.—¡Ay! Pues si usted probara la fruta... ¡Qué higos, caballero, qué higos! Como bombas.

PELAYO.—¿Usted los ha comido?

ESPERANZA.—*(Aparte.)* ¡Ay! ¡Se me escapó!

DON CASTO.—Sí; los ha comido... *(Haciendo señas para que se calle.)*

ESPERANZA.—De oídas, caballero, de oídas.

DON CASTO.—*(Aparte.)* Lo arregló.

PELAYO.—¡Ya! Pues a mí, por una temporadita me embelesa el campo. Y luego, que en estos pueblos se vive con una tranquilidad envidiable.

DON CASTO.—*(Aparte.)* Según y conforme.

ESPERANZA.—¡Ah! Mucha tranquilidad, mucha. *(Aparte.)* Estoy con el alma en un hilo.

PELAYO.—Pero convengamos, señores, en que no hay nada como Madrid. Yo no sé cómo hay quien se va de Madrid.

ESPERANZA.—Ni yo.

DON CASTO.—Ni yo. *(Aparte.)* Ojalá no me hubiera ido.

PELAYO.—Aquello tiene sitios deliciosos. La Castellana, por ejemplo, con sus largas avenidas cuajadas de coches...

ESPERANZA.—¡Ay! Cuajaditas, cuajaditas...

PELAYO.—Y aquellas estatuas... Isabel a un extremo...

DON CASTO.—Concha más arriba... *(Acercando la silla.)*

ESPERANZA.—¡Qué afición a las señoras!

PELAYO.—Y aquellos hoteles hermosísimos...

DON CASTO.—¡Huy! Hermosísimos. Pues ¿y los otros hoteles?

ESPERANZA.—Pues ¿y los de más allá? *(Aparte.)* Yo no me corto.

DON CASTO.—*(Lo mismo.)* Esta va a meter la pata en un hotel.

PELAYO.—Y después, Recoletos...

DON CASTO.—Se le atraviesa con rapidez...

ESPERANZA.—Hombre, no corras.

DON CASTO.—Es que este anda muy despacio. *(Aparte.)* Y se nos hace tarde.

PELAYO.—Y aquel Banco, a la entrada del Prado, aquel magnífico Banco...

ESPERANZA.—¡Magnífico! Cuántas veces nos hemos sentado en él.

DON CASTO.—Mujer, si es el de España.

ESPERANZA.—Pues qué, ¿en el Banco de España no se puede una sentar?

PELAYO.—Tiene razón. Y después tienen ustedes aquel Prado espaciosísimo.

ESPERANZA.—*(Aparte.)* Este paseo me va a abrir el apetito.

PELAYO.—Y luego queda todo esto a la espalda, y entra lo peor.

ESPERANZA.—*(Aparte, viendo aparecer a San Pedro.)* ¡Mi marido!

ESCENA XVII

DICHOS y SAN PEDRO.

SAN PEDRO.—*(Desde la puerta.)* «Activitas est magna virtus».

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Virgen Santísima, qué compromiso!

ESPERANZA.—*(Lo mismo.)* Yo tiemblo. ¡Ay Dios mío!

SAN PEDRO.—Soy la actividad andando. *(A Casto.)* Todo quedó listo. ¿Y ésa?

DON CASTO.—¡Chis! *(Imponiendo silencio.)*

SAN PEDRO.—*(A su mujer.)* ¿Tú por aquí? *(A Pelayo.)* Beso a usted la mano, caballero. *(A su mujer.)* Mujer, ¿querrás creer que no he podido dar con las llaves? *(Se dirige a Don Casto y hablan bajo.)*

PELAYO.—*(A Esperanza.)* ¿Quién es este señor?

ESPERANZA.—San Pedro.

PELAYO.—¿Y ha perdido las llaves?

ESPERANZA.—Por lo visto. *(Hablan bajo.)*

SAN PEDRO.—Conque ¿has acabado de convencer a tu mujer?

DON CASTO.—Sí, hombre, sí; ven. *(Le separa.)*

SAN PEDRO.—Vengo de anunciaros en el pueblo «urbi et orbe», para evitaros una fuga. ¡Ah! Aquí traigo la escritura de esa finca.

DON CASTO.—A ver..., a ver... *(Aparte.)* Le distraeré.

PELAYO.—*(A Esperanza.)* Este buen hombre debe de ser un pedante.

ESPERANZA.—Un cerrojo, caballero, un cerrojo. *(Aparte.)* Dios mío, va a conocer que es mi marido.

PELAYO.—Usted le tratará poco.

ESPERANZA.—De tarde en tarde, y muy superficialmente.

PELAYO.—¡Qué tipo! Quisiera conocer a su señora.

ESPERANZA.—*(Aparte.)* ¡Canastos! *(Alto.)* Pues vale muchísimo, caballero. *(Aparte, otra vez.)* Aunque me esté mal el decirlo. *(Hablan bajo.)*

SAN PEDRO.—Nada; el negocio está hecho; pero a las once hay que presentar la copia del último folio.

DON CASTO.—Sí, hombre, sí; siéntate aquí y escribe.

SAN PEDRO.—En la última condición transigiremos. Yo quisiera evitar un «casus belli».

DON CASTO.—Sí. *(Aparte.)* Y yo, un «casus tonti». *(Alto.)* No levantes cabeza.

SAN PEDRO.—No temas. «Activitas»... *(Se sienta de espaldas a su mujer y Pelayo.)*

DON CASTO.—«Deo gratias». *(Aparte, a Esperanza.)* Ahí queda eso. Corro a decir a esa señora lo que pasa. *(Alto, a Pelayo.)* Voy a avisar que nos preparen el almuerzo.

PELAYO.—Bueno; no tardes, que tengo apetito.

DON CASTO.—En seguida. *(Vase.)*

ESPERANZA.—*(Aparte.)* ¡Y me deja sola!

ESCENA XVIII

DICHOS, menos DON CASTO.

ESPERANZA.—¿Conque tantos años hace que conoce usted a... mi marido? *(Lo último, en voz muy baja.)*

PELAYO.—¡Huy! Desde que yo era alférez. Empezó nuestra amistad en una casa de huéspedes.

ESPERANZA.—*(Aparte.)* Entonces no puede acabar bien.

PELAYO.—Y luego ha sido invariable. ¡Hemos hecho juntos cada correría!...

ESPERANZA.—¡Ay correría!... *(Aparte.)* ¡Yo sí que correría ahora si pudiera!

SAN PEDRO.—*(Dejando de escribir.)* ¡Qué amartelado está ese con mi mujer! *(Sigue escribiendo.)*

PELAYO.—Pero, la verdad, señora, ahora no conozco a su esposo de usted.

SAN PEDRO.—*(Volviéndose.)* Lo creo; ni antes tampoco.

ESPERANZA.—Ya me lo figuro.

PELAYO.—Está variadísimo. ¡Ah, su marido de usted hace dos años era otro!

ESPERANZA.—No, señor; era el mismo. *(Aparte.)* ¿Si creerá este que me caso todos los días?

PELAYO.—Lo digo porque antes era tan jovial, tan decidor, feo, eso sí, muy feo...

SAN PEDRO.—*(Aparte, extrañado.)* Muchas gracias.

ESPERANZA.—*(Lo mismo.)* Ay, lo ha oído. *(Alto.)* No diga usted eso. A mí me parece encantador.

PELAYO.—¡Y qué granuja estaba!...

SAN PEDRO.—*(Aparte.)* ¡Canastos! *(Se levanta y, haciendo gestos de asombro, se acerca.)*

ESPERANZA.—¡Caballero, por Dios!

PELAYO.—Una vez recuerdo que me empeñó a mí el gabán para pagar una cuenta y...

SAN PEDRO.—*(Acercándose.)* ¡Señor mío, qué está usted diciendo!

ESPERANZA.—*(Aparte.)* ¡Ay Dios mío! ¡Ahora se descubre todo! *(Se coloca entre San Pedro y Pelayo.)*

PELAYO.—Con usted no iba nada, caballero.

SAN PEDRO.—El marido de esta señora no sabe lo que es una papeleta, ni ha empeñado nunca el gabán de los amigos. Y usted ha soltado, «gratis et amore», especies injuriosas.

ESPERANZA.—*(Aparte.)* ¡Ay! Si yo supiera latín, le diría algo.

SAN PEDRO.—Por tanto...

ESPERANZA.—«Requiescat in pace». *(Tratando de alejarle.)*

PELAYO.—Señor mío, la defensa que hace usted del marido de esta señora es inoportuna. Y entienda usted que defenderle es injuriar mi dignidad y la de... esta señora, que sabe defender a su esposo.

SAN PEDRO.—¡No sabe defenderle, señor mío!

PELAYO.—Usted la insulta.

ESPERANZA.—No haga usted caso; ya estoy acostumbrada.

PELAYO.—Lo que yo decía no tiene nada de particular.

SAN PEDRO.—¿Cómo que no? ¡Me gusta la frescura!

PELAYO.—He dicho que el marido de esta señora era feo..., y me parece que no lo dudará usted.

SAN PEDRO.—¡Caballero!

ESPERANZA.—Cállate... hombre; después de todo, tiene razón.

SAN PEDRO.—¿Feo? ¡Conque feo! Esto es intolerable...

PELAYO.—Lo cual no obsta para que yo le quiera.

SAN PEDRO.—*(Aparte.)* ¡Está loco!... ¡Si no le he visto en mi vida!

ESPERANZA.—*(Lo mismo, a San Pedro.)* ¡Quién sabe si te querrá en secreto!

SAN PEDRO.—En fin, yo agradezco que usted me quiera; pero no estoy acostumbrado a esos cariños ocultos.

PELAYO.—¡Hombre, basta de tonterías!... Yo no le tengo a usted ninguna clase de cariño.

SAN PEDRO.—Pues entonces, ¿a quién?

PELAYO.—Al marido de esta señora.

SAN PEDRO.—¿Y acaso el marido de esta señora no soy yo?

PELAYO.—*(Asombrado.)* ¿Usted?

SAN PEDRO.—Yo.

ESPERANZA.—¡Virgen Santa de la O!

PELAYO.—¿Usted... el marido?... Hombre, eso es un disparate.

SAN PEDRO.—Ya lo sé. Pero qué voy a hacerle, después de tantos años.

ESPERANZA.—Caballero, no dice la verdad.

SAN PEDRO.—¿Cómo que no?

ESPERANZA.—Pues... no fué un disparate.

SAN PEDRO.—¡Pero niegas que soy tu esposo!...

ESPERANZA.—*(Aparte.)* ¡Es muy bárbaro! *(Alto.)* ¡Caballero, no lo puedo negar!...

PELAYO.—¡Esto es una burla!... ¿Quién es su marido de usted, señora? Acabemos pronto.

ESPERANZA.—Espere usted, que no me acuerdo...

SAN PEDRO.—¡Dilo, dilo en seguida!

ESPERANZA.—Este.

PELAYO.—¿Cómo éste?

ESPERANZA.—Aquél... ¡Pero si yo no sé quién es mi marido! Cualquiera, caballero, cualquiera. Elija usted...

SAN PEDRO.—¡Cómo que elija!

PELAYO.—¿Y por qué dijo Casto que era esposo de usted?

SAN PEDRO.—¡Ah! Pero ¿Casto te hizo pasar por su esposa?

ESPERANZA.—Sí; pero era sólo por poco tiempo..., hombre.

SAN PEDRO.—¡Ni por un segundo!

PELAYO.—¡Yo no tolero la burla!

SAN PEDRO.—¡Ni yo sufro el engaño! ¡Llamarme feo! ¡Llamarme feo!

ESPERANZA.—Señores...

SAN PEDRO Y ESPERANZA.—*(Al mismo tiempo, y yendo al foro y llamando.)* ¡Casto, Casto!

ESPERANZA.—*(Aparte.)* Dios quiera que haya encontrado otra mujer..., porque yo ya he cesado.

ESCENA XIX

DICHOS y DON CASTO, por el foro derecha.

DON CASTO.—¿Qué pasa, señores, qué pasa? *(Aparte.)* ¡Qué caras!... Todo se ha descubierto.

PELAYO.—Ven, oye...

SAN PEDRO.—Di, escucha.

DON CASTO.—*(Aparte.)* Estos me pelan.

SAN PEDRO.—Necesito una explicación de esta farsa.

PELAYO.—Y yo, una satisfacción de este engaño...

SAN PEDRO.—¡Pronta!

PELAYO.—¡Inmediata!

DON CASTO.—Calma, señores. Cualquiera creería que hay aquí algún enredo...

SAN PEDRO.—¿Quién es tu mujer?

PELAYO.—¿Quién es tu mujer?

ESPERANZA.—Espere usted, que tampoco se acuerda.

SAN PEDRO.—¿Por qué has dicho que ésta era tu esposa? ¿Por qué?

PELAYO.—Eso, ¿por qué? ¿Por qué?

ESPERANZA.—¡Jesús, qué lluvia de porqués!

DON CASTO.—Pues... calma, señores, calma. Yo... *(Aparte.)* Yo no sé qué decir. *(Alto.)* Yo... dije que era ésta mi mujer... por... decir... algo; porque yo dije, digo, diciendo lo que he dicho, dirán que decía lo que no decía, y yo dije, diré...

ESPERANZA.—Pero ¿qué estás diciendo?...

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Ay!, me he hecho un lío con el verbo; yo no sé lo que digo.

PELAYO.—Acabemos: ¿quién es tu mujer?

DON CASTO.—Esta...

SAN PEDRO.—¡Cómo!

DON CASTO.—Hombre, déjame acabar. Esta... es esposa del señor.

ESPERANZA.—*(A Pelayo.)* De San Pedro.

SAN PEDRO.—¿Y la otra, la que yo he abrazado?

ESPERANZA.—¡Ah! ¿Pero tú has abrazado a otra?

PELAYO.—¿Y la tuya?

ESPERANZA.—La suya, tampoco es suya.

DON CASTO.—No, la mía tampoco es mía; pero es de un amigo...

PELAYO.—¿De quién?

ESCENA XX

DICHOS y PURA, por el foro.

PURA.—¡Tuya!

PELAYO.—¡Mi mujer!... ¡Horror!

SAN PEDRO.—¡Su mujer!...

DON CASTO.—*(Aparte.)* ¡Abrete tierra!

ESPERANZA.—*(Lo mismo.)* ¡La del cutis fino!

PELAYO.—¿Tú aquí y pasando por esposa de Casto?... ¿Qué es esto?... ¡Habla pronto! ¡Habla!...

PURA.—Pues...

DON CASTO.—Muy sencillo; yo lo contaré. Anoche, al salir de Madrid, se durmió esta señora en el tren y no pudo hacer el transbordo. Le ofrecí mi protección; aceptó; esperábamos que pasara el tren ascendente; como fuí a visitarla a su cuarto, éste la creyó esposa mía...

PURA.—En eso viniste tú...

ESPERANZA.—Y luego yo...

DON CASTO.—Y como te empeñaste en que te presentara a mi esposa...

ESPERANZA.—Me presentó a mí.

SAN PEDRO.—¡Muy mal hecho!

ESPERANZA.—¡Calla, melón! Pues qué, ¿iba a presentarte a ti?...

DON CASTO.—¡Nada, una broma que le quise dar a éste!...

PELAYO.—*(A San Pedro.)* ¿Y usted la abrazó?
PURA.—¡No, no!
SAN PEDRO.—Caballero, yo me creí primo.
ESPERANZA.—Ojalá le escarmienten..., por primo...
PELAYO.—En fin, esto... *(Con furia.)*
DON CASTO.—*(Aparte, a Pelayo.)* Si te incomodas, le digo lo del «minúsculo».
PELAYO.—*(Lo mismo, a Don Casto.)* ¡No, por Dios!
PURA.—Y tú, di, ¿cómo estás aquí?
PELAYO.—Pues... una comisión urgentísima, de la que me encargó el coronel, una hora después de tu partida. Cuestión de forrajes.
PURA.—¿Forrajes? ¿De veras?
ESPERANZA.—Eso no nos lo tragamos.
SAN PEDRO.—En fin, se deshizo el lío. «Finit coronat opus».
ESPERANZA.—Amén.
DON CASTO.—*(Al público.)*

Falta vuestro fallo ahora;
y si el juguete ha gustado,
no cometáis un pecado
silbando a *Nuestra señora. (Telón.)*

FIN DE
«NUESTRA SEÑORA»

NOTA

A los distinguidos intérpretes de Nuestra señora *debo una ostensible manifestación de gratitud por el cariño y simpatía con que acogieron y han desempeñado esta obra. Conste, pues, mi gratitud más sentida.*

Y conste, además, que sin la poderosa ayuda de su talento, quizá no podría enviarles desde este sitio las gracias más repetidas,

EL AUTOR.